recorrer para llegar á la cumbre, pero sírvale de estímulo y consuelo en la fatigosa ascensión, el recuerdo de aquel verso de Emilio Ferrari

al ruin lo facil, lo costoso al bueno

y aquel otro que tantas veces he repetido de mi inolvidable amigo del alma Nuñez de Arce:

Todo trabajo es oración ¡Oremos!.

....

Cuente siempre con el cariños y afecto de su buen amigo:

José DEL CASTILLO Y SORIANO.

Madrid.

EL ALMA DE LA BOHEMIA

FRAGMENTO DE UNA NOVELA INÉDITA

....

....

—Siéntate, Gracia; aquí, cerca de mí, muy cerca.

Se dejaron caer ambos en la hierba—felpa, en una enmarañada y tupidísima verdura que amontonaba sus mechas como si fuera un mullido colchón.

Ella reclinó la cabeza sobre los hombros de él, mirándole atentamente, clavando sus negrísimos ojos en los vidriosos y apagados del buen amante.

El retenía entre sus manos gastadas las vigorosas y ardientes manos de la hembra, las estrujaba, se complacía estampando nerviosos besos en aquellas blancas palmas, que bien parecían fabricadas con nácar ligeramente teñido con delicada esencia de rosas.

—¡Como difrutaremos!—dijo ella.

—¡Oh, sí Mucho, mucho. Cuando triunfe yo, será tu recuerdo la fuerza que me dé la victoria; cuando los públicos te aclamen á tí, rindiéndose al arte, que te ahijará predilectamente, mi gran amor estará contigo. Y terminada nuestra ofrenda á las divinidades artísticas caeremos uno en brazos del otro, fogosos, amadores, cantando el mejor himno á la libertad del amar.

—Toda mi vida es tuya.

—¿Toda?

—Si, toda: me confundo contigo, somos de la misma caravana.

—¡Qué alegría del vivir!..... Cómo hablan tus manos!

—Dame los labios, hermano, dame tus labios...

Se oyó el roce tibio, gozoso, el aliento que aspiraba las delicias de otro aliento.

La tarde daba un adios de fluyentes vibraciones, de promesas primaverales que hacían la ilusión de una eternidad de goces. Los reflejos sedosos del ocultamiento solar venían á caer sobre el rostro de la gentil Gracia nimbándola de algo ideal, emocionante, invitador.

—¡Gracia! ¡Gracia!

—Toda tuya. El cuerpo y el alma.

—Somos los privilegiados. Ámame, ámame.

—Como amé al otro... A Reinaldo, al perdido.

Benarre deslizó las manos por los altivos senos de la mujer; ella se reclinaba indolentemente, se daba con dulzura al que vivía en su misma idea, al religioso de su amada religión: el busto se arqueaba, cediendo, cediendo como la palmera que dá homenaje al

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Mefistófeles. #5, 20/12/1907.